

El lento adiós de los tranvías de Manuel Rico

ELSA CANO

Manuel Rico nació en Madrid en 1952, es licenciado en Ciencias de la Información y colabora con artículos de crítica literaria en los diarios *El Sol*, *El Mundo* y *El Independiente*. Otras novelas suyas son *Mar de octubre* (1989), *Los fillos de la noche* (1990) y la más reciente: *Los trenes de la niebla*. Así Rico es periodista y novelista, pero también es poeta: *El vuelo liberado* (1986) es su libro de poemas que ha recibido la mejor acogida por parte de la crítica.

Hoy, me ocuparé de su novela *El lento adiós de los tranvías* que desde que el autor describe lo que es un tranvía (transporte y pasajeros) marca un ambiente de añoranza y melancolía, entre otras muchas cosas. Los personajes principales son: Mario, Rosa, su pareja y el amigo de ambos: Valentín Eguren. Mario tiene una obsesión: localizar el paradero de un artista plástico desaparecido en la posguerra civil española: Eladio Vergara.

Esta búsqueda convierte el relato en una novela de suspense, que presenta un esquema del juego de ajedrez. El tablero dividido en dos partes: la mitad ocupada y la mitad vacía; de esta manera la anécdota se divide en dos meses: finales de noviembre y finales de diciembre. El tablero donde, efectivamente, juegan Rosa y Mario indica al lector cómo va a ir transcurriendo la novela: en seis carriles, en seis asuntos. Sólo que la mitad de este tablero está narrado y es totalmente conocido por

el lector; en cambio, de 1966 a 1972 hay un vacío y el lector no sabe qué pasó (Debe imaginarlo, como en el juego).

El lento adiós de los tranvías tiene elementos detectivescos y el personaje que mejor se identifica con ellos es Valentín Eguren. Dentro de él habita un detective escondido que planea las hipótesis para encontrar a Eladio Vergara. Eguren es el estratega, en contraste con Mario que se deja llevar por la pasión. Casi al llegar al desenlace el lector descubre la causa de la obsesión de Mario. Cuando Mario era un niño muy pequeño fue pintado con su tío Elías en un cuadro realizado por Eladio Vergara. Descubrir este óleo le aclara al personaje sus recuerdos y su obsesión por el artista.

El libro se llama *el lento adiós*, porque todos los pormenores para formar la anécdota se van dando lentamente. Son dos líneas paralelas que finalmente se unen porque son dos investigaciones diferentes: la que hace Mario por su cuenta y la que lleva a cabo Eguren.

En el desván de una vieja casona abandonada vive un anciano mendigo. Mario ha visitado a hurtadillas esa casona, buscando pistas, pero de repente descubre al anciano y Rosa y Mario lo persiguen; en esta huida, el mendigo, tratando de escapar de la pareja es atropellado y muerto por un tranvía. Aquí Manuel Rico hace un juego porque no queda claro: el mendigo puede o no, ser Eladio Vergara. Lo importante aquí es que Eladio es un símbolo: el de vivir vigilado, la necesidad de expresión y de respeto a la creatividad, el ser acosado por el régimen y al mismo tiempo todos estos símbolos son la descripción del espíritu de lucha de Mario,

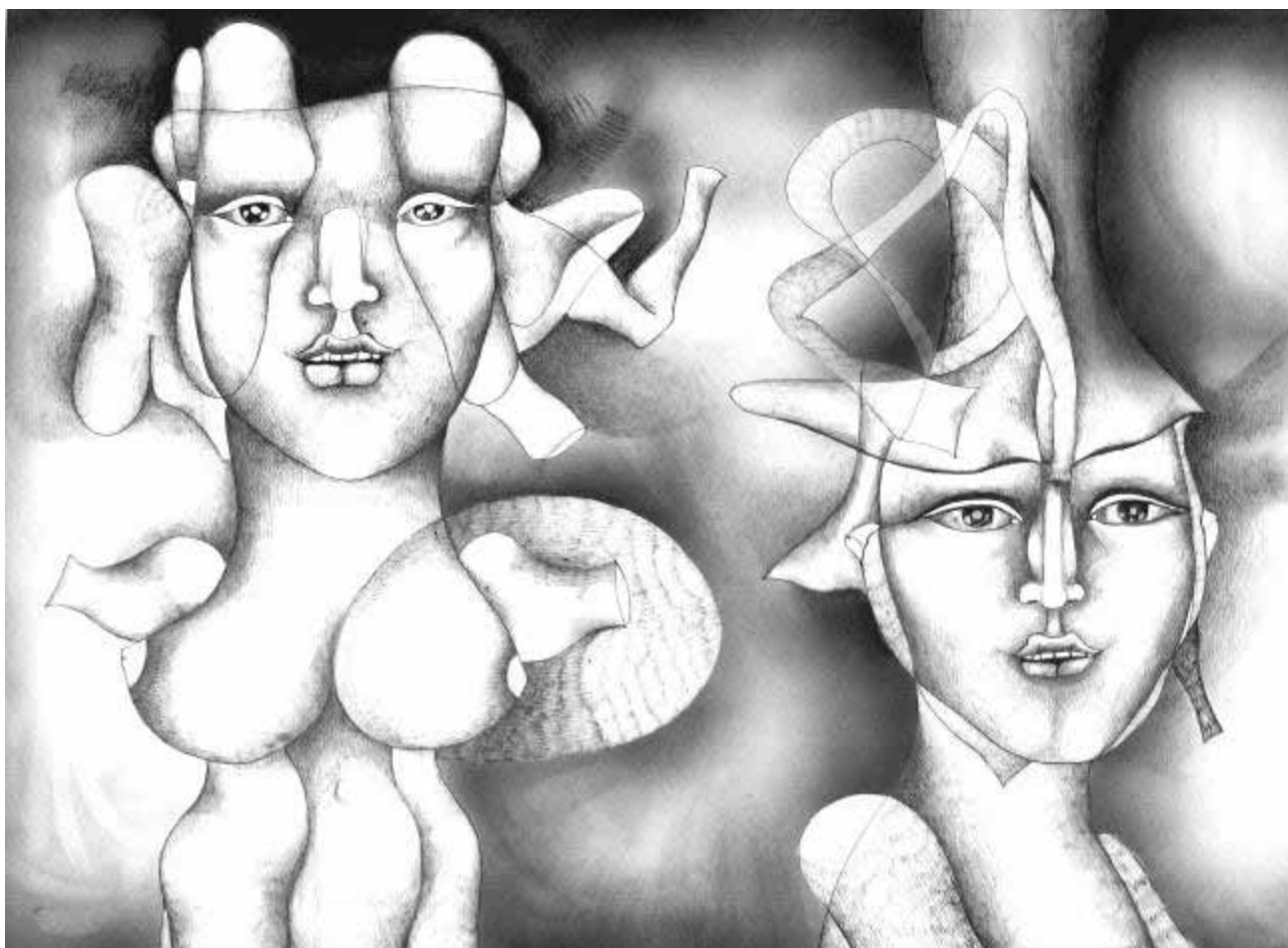
A diferencia de la novela detectivesca “clásica” el final de esta novela de Manuel Rico queda abierto y no completamente aclarado como sucede en la novela tradicional de este tipo. El ambiente de presión, de miedo, de angustia está muy bien logrado, porque la atmósfera es agobiante, siempre entre brumas, con una oscuridad que puede aspirarse, verse, sentirse y tocarse. Es un acierto que toda la trama se desarrolle en invierno para que el paisaje sea gris, desolado y poco esperanzador. Y en medio de todo esto, está la solidaridad de Rosa con su pareja Mario, el calor de su amor.

Es ésta una novela que tiene la intención de recuperar la memoria de la España del destape, de la España que abuelos y padres más que vivirla, la sufrieron, la padecieron. Ya no había Inquisición en el siglo xx, pero había leyes como la Ley Fraga (que apoyaba una libertad de prensa restringida, o sea, una libertad que, bajo el agua, controlaba las publicaciones) . Sólo la presión internacional y el turismo pudieron darle a España un

nuevo río de comportamientos, de posiciones que ya nadie pudo controlar. Valentín Eguren provoca al sistema (y es golpeado); en cambio, el personaje Ángel Yuste (periodista) es el prototipo del español que se adapta a todo para proteger a su familia, sin cuestionar nada.

Mario es idealista y apasionado (como ya se dijo); su crecimiento y su aprendizaje no se detienen por la supuesta muerte de Eladio Vergara. Mario continúa con sus publicaciones y en el último capítulo sabemos que Mario seguirá con sus estudios sobre Eladio.

La novela se inicia con un epígrafe de Luis Martín Santos: “De este modo podremos llegar a comprender que un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre”. Y este pensamiento es lo que le da sustento al libro. La novela fue escrita en 1992, pero se ubica en 1966 y este hecho no es casual, porque es la época en que la rebeldía española empieza a hacerse más patente. ■



Alfredo Cardona Chacón